

Lejos de las ansias de la lucha a muerte de las multitudes, sus aspiraciones no turbaron nunca su apacible suerte; su vida fué un bosque solitario y fuerte poblado de nidos, lleno de canciones.

Por eso en las lozas de este camposanto no esponja sus flores la dulce elegía; sólo humildes nombres que esculpiera el llanto y bíblicas frases, que son como el canto de las esperanzas y de la energía.

Estos aldeanos, al morir, derraman sobre el vasto mundo que se desvanece, tranquilas miradas de adiós a los que aman; saben que el olvido se acerca y lo llaman, sonriendo a la vida que desaparece... y en él se reclinan amorosamente como sobre un noble corazón que abriera impalpables brazos sobre el alma ausente, y luego se duermen sintiendo en la frente los sonoros besos de la Primavera.

Yo, que tanto gusto de cantar las glorias humildes, que viven en las serranías, y que esculpo en versos de amor las victorias de estos campesinos de oscuras memorias, entre ellas quisiera terminar mis días.

Para que si alguna mente soñadora en pos de mis rastros llega hasta la aldea, encuentre en los labios de alguna pastora—como un epitafio grabado en la aurora— éste, que el relato de mi vida sea:

«Muchas veces, muchas, en la madrugada lo vimos subiendo la suave colina; iba desperlando la hierba mojada

al tope del astro, mientras la alborada llenaba de encajes de luz la neblina.

Y luego en las horas de calor, vagando siempre lo miramos por entre el bosque; pálido, abatido, sonriendo y hablando solo, cual si fuera con fervor rezando a un Dios escondido dentro del paisaje.

Pero una mañana ya nuestras miradas no lo divisaron. Sobre los caminos del bosque no estaban sus finas pisadas; las fuentes, que fueron por él tan amadas, gemían, y el viento lloraba en los pinos.

Después... entre cantos de ruda tristeza, hasta el cementerio lo llevamos. Mira, bajo aquel castaño, y entre la maleza, hay esta leyenda que cubre su huesa; todo el que la ha visto solloza y suspira: «Aquí en el regazo del campo florido duerme un triste joven que ignoró la Fama; la Melancolía susurró en su oído sus mejores cantos, y quedó dormido soñando con ella sobre de la grama.

Éra un vaso de agua, de agua cristalina temblando en las flacas manos de un mendigo; dió a los pobres todo su haber: la divina piedad de su llanto; la selva vecina le ofrendó en un árbol la paz de un amigo.

No intentes, curioso, levantar los velos que cubren, piadosos, sus debilidades; ellas también duermen junto a sus anhelos, en la humilde tumba que mira a los cielos como enamorada de sus claridades».

JOSE MARIA ZELEDON

Por los niños

Departía yo tranquilamente con unos amigos acerca del siempre palpitante asunto de la educación de la juventud proletaria, cuando de pronto vime interrumpida por los aullidos de una jauría feroz. Conozco de larga fecha esos ladridos, a través de los cuales silban las injurias y las amenazas; pero también conozco las ardientes simpatías que me rodean y me defienden en esas ocasiones. Un argumento sólido, un hecho bien establecido por mis adversarios me hallarán siempre alerta; pero ante la malignidad de los prejuicios, paso desdeñosa y digo a los compañeros: reanudemos nuestra obra de defensa en favor de la infancia pobre.

Decíamos que la Ciencia, en sus laboratorios, pone en nuestras manos

instrumentos de precisión que comprueban, que miden el aumento o disminución de las fuerzas en un organismo vivo, según que esté sometido al bienestar o malestar, a la felicidad o al sufrimiento.

El dolor se nos presenta desde luego como destructor de la vida; es el factor principal de las degeneraciones, con su cortejo de vicios o de crímenes.

Y el instinto de las madres aparece al mismo tiempo a nuestros ojos como una adivinación admirable: la salvación de la raza. La ternura maternal, al perseguir la obra de vida, modela con felicidad el alma de bondad: la grandeza moral del hombre futuro.

Los ignorantes hablan con desdén de la debilidad de las madres. Esos ta-